

no se arde con su agitación y con su fuego: habla como instrumento ó intérprete de una inspiración á que no puede resistir, como la Pitonisa no podía luchar con el espíritu que la poseía y que causaba sus contorsiones. El comen en estos instantes de libre curso á su pasión grande, irreflexiva, indomable. Su voz es la dolencia que lanza el viento del mar. Es la erupción del volcán que arde por su boca la lava inflamada que guarde y revolva en sus entrañas.

**CAPITULO XIII.**

Invençion, disposicion, elocucion y pronunciacion.

EMPEZAMOS á entrar ya en el terreno práctico de la elocuencia. Enojoso es, por cierto, tener que ocuparse con repeticion de las mismas materias, y nosotros hemos tenido que pasar mas de una vez por esta necesidad repugnante. Al tratar en el primer tomo de la elocuencia en general, señalamos las partes de que puede constar un discurso, y trazamos sobre cada una de ellas las reglas y principios comunes de que se deriva luego toda especial aplicacion. Cuando despues nos ocupamos de la elocuencia forense, nos fué preciso volver sobre los mismos objetos, porque forzoso era tambien determinar las diferencias y especiales preceptos que la regulan, á parte de la teoría general á todos los géneros de oratoria que habiamos dejado establecida. Recientemente al contraernos en este tomo á la formacion de los discursos políticos, hemos necesitado ocuparnos de las mismas divisiones para fijar nuevas y mas elevadas reglas cual las reclama la elocuencia parlamentaria, elocuencia muy superior á todas las otras, y que los antiguos co-



nocian con el nombre de elocuencia magna y elocuencia incomparable.

Conocidas, pues, ya las partes en que puede dividirse la arenga política, debe observarse que en cada una de ellas entran diferentes operaciones del espíritu que vamos ahora á determinar, señalando al mismo tiempo el modo de proceder en ellas con circunspeccion y acierto. Aquí ya se trata de ejecutar: de desempeñar un procedimiento dado, cuyo resultado ha de ser la formacion de un discurso. Todo él, pues, se reduce en el órden de operaciones que deben precederle, á buscar y encontrar los materiales, á disponerlos y arreglarlos en la forma mas oportuna, á darles el barniz que los haga mas interesantes, y á esponerlos por último, con ayuda de la accion del modo que produzcan mas efecto, y una impresion mas agradable, fuerte ó sublime.

#### INVENCION.

El nombre por sí solo define al objeto. En esta operacion del espíritu, el que se propone formar un discurso busca los pensamientos, las ideas y los raciocinios con que lo debe construir. En ella tendrá siempre mas ventaja el que tenga mas genio y mas erudicion. El primero no depende de nosotros, porque ni siquiera tiene relacion con el estudio y con el trabajo. La naturaleza lo deposita en la cabeza del hombre como cria los metales en las entrañas de la tierra. Pero con la misma dosis de genio llevará siempre mas ventaja para la invencion de un discurso oratorio el que cuente con mayor dosis de conocimientos adquiridos. Cuando se ha dicho que "*scribendi recte sapere est et principium et fons*" sin duda se ha querido hacer alusion á la elocuen-

cia, que es una escritura fugitiva, que habla al oido en vez de hablar á los ojos, y que lleva las ideas envueltas en sonidos, en vez de representarlas con caractéres escritos. El saber, pues, es el alma y el secreto de la invencion. Ningun auditorio se contenta con palabras, sino que pide ademas pensamientos que le agraden ó instruyan, y emociones que le hagan sentir. Y no debe contentarse el orador con echar mano de lo primero que se le presente; es necesario que su eleccion sea reflexiva y acertada, porque si se construye un discurso con malos ó débiles materiales, viene bien pronto á tierra como sucede con un edificio levantado sobre la arena, ó de endeble y precipitada construccion.

He aquí por qué en la invencion de un discurso parlamentario, parte que es acaso la de mas influencia y dificultad, debe procederse con maduro exámen, con sumo pulso y detenimiento. Trabajar en esta coyuntura despacio, es trabajar para hacerlo bien; dejarse llevar de la impaciencia ó de la desaplicacion, es cerrarse las puertas del porvenir y del templo de la gloria. Un pintor mostró á Apeles un cuadro que acababa de concluir y le dijo para ponderarle el mérito de la obra: "Lo he hecho de repente." Ya lo conoceria yo aunque no me lo dijéreis, le contestó aquel artista inimitable.

Procúrese, pues, mucho que las ideas y los argumentos que prepara y escoge para su arenga el orador tengan rigorosa exactitud lógica; es decir, aquella fuerza indeclinable que penetra en los entendimientos, y que no cede al embate de las mas esforzadas objeciones: bien diferente de la fuerza de la dialéctica, arte parecido al de la esgrima, que se reduce muchas veces á sacar ingeniosamente deducciones falsas de principios que tambien lo son.



No se puede calcular hasta qué punto daña el echar mano de raciocinios débiles ó puramente ingeniosos. No solo descubren desde luego su debilidad dejando en su lugar un vacío desagradable para el auditorio que se apercibe, sino que éste se alarma y empieza á escuchar con prevencion y desconfianza, que es para el orador la circunstancia mas desfavorable y funesta.

Téngase una prudente economía respecto al número de argumentos con que se va á formar el discurso. La atencion de los que oyen tiene su medida determinada, y nunca la cautiva ni hace servir á su objeto el que una vez llega á fatigarla. No hay cosa peor que querer poner en un discurso todo lo que se tiene en la cabeza. Este no puede arreglarse mas que con el caudal propio, porque en la invencion oratoria no cabe tomar prestado ni aun imitar; pero es necesario que este mismo caudal se emplee con cierta medida y parsimonia, procurando mas bien que multiplicar, escoger. Haya mucho tacto y cuidado en esta parte; porque si la invencion es inconveniente ó defectuosa, estos defectos se harán sentir en todo el discurso, y ni el orden de la disposicion mejor calculada, ni las formas é imágenes de la elocucion, ni el atractivo que presta á la arenga una pronunciacion esmerada y feliz, serán bastante poderosos para encubrir ó disimular aquella falta que desvirtúa por sí sola esencialmente el conjunto.

Encontrados y escogidos todos los argumentos y pensamientos que el orador quiere esponer en su discurso, convendrá que los indique con una ó pocas palabras sobre el papel, para que la fragilidad de la memoria, y la confusion que á las veces produce el considerable número de ideas que se agolpan, no los haga perder despues de haberlos hallado. Tiene ya, pues, el orador reuni-

dos los materiales con que va á levantar su obra, y esta obra en la elocucia parlamentaria no es un edificio cualquiera que haya de servir á la necesidad, á la comodidad ó al gusto: debe ser una obra magnífica, severa, graciosa é imponente á la vez, que inspire la idea de la inmensidad y del infinito, como la construccion de un gran templo. Puesto que ya están á la vista y representados en pocos signos los sisillares de que va á echarse mano para alzar un grandioso monumento, demos un nuevo paso, y tratemos de su distribucion y arreglo.

#### DISPOSICION.

Esta consiste en la mejor colocacion que se dé á las razones ó argumentos que han venido á formar el arsenal del orador. Del mayor interés es para el efecto del discurso, que este orden de esposicion se trace detenida y acertadamente. Una gran parte de la fuerza de las pruebas y de los pensamientos depende del método con que se producen, de modo que desde luego se vean su dependencia y enlaces y se presten un útil y recíproco auxilio. Un consejo daremos que puede decirse encierra todo el secreto en esta operacion tan trascendental. Que no pase jamás el orador á la disposicion sin conocer antes perfectamente la naturaleza, trabazon, adherencias y afinidades de los argumentos que va á emplear, sin conocer el objeto sobre que va á hablar, con toda claridad y exactitud, porque solo asi podrá dar á su discurso la unidad que le es tan necesaria, y presentar sus observaciones en el mejor orden posible. Las ideas son á nuestra vista intelectual lo que los objetos físicos son á nuestros ojos. Si los miramos á distancia no los per-



cibimos sino vaga y confusamente, y solo cuando nos acercamos á ellos, los medimos, los analizamos y los vemos por todos sus lados, es cuando adquirimos un conocimiento exacto y completo. Al formar el plan de un discurso, los elementos de que se va á componer se ofrecen á nuestra mente tambien de una manera vaga y confusa, y solo á fuerza de meditar sobre ellos conseguimos hacérnoslos familiares, y comprenderlos en todas sus relaciones. Si antes de haberlos comprendido con esta claridad el orador quiere entrar en la disposicion de su discurso, se verá detenido á cada momento, tendrá que abandonar el camino que habia tomado y seguir otro diferente y acaso contrario, y verá con disgusto que sus pensamientos flotan en la oscuridad y en el desórden, en vez de arrojar la luz y la conviccion á que aspira en sus inútiles conatos. Pero si no se dá un paso en la disposicion hasta haber conocido exactamente cuanto la invencion ha reunido para formar el discurso, entonces los argumentos y las ideas todas trazan en la cabeza del orador como un árbol genealógico en que se descubren al primer golpe de vista todas las generaciones, y entonces el plan de la arenga será á su mirada contemplativa lo que es á nuestra vista el árbol del jardin bien dirigido por la mano del podador que nos hace ver el punto de union y de procedencia que todas las ramas tienen con el tronco. Ya hemos dicho que cuando se analiza un discurso se encuentra que todo él se reduce á uno ó pocos pensamientos cardinales, de que los demas que lo forman y adornan no son mas que la amplificacion ó el desenvolvimiento. Cuando esa idea cardinal se ve dominar y producir á todas las otras, la obra se desempeña casi por sí misma, y el orador asi en la fórmula mental que dá á sus concepciones como en su

elocucion en la tribuna, no encuentra trabas ni obstáculos, y corre libre y desembarazado con la facilidad que le dá la ventaja incalculable del método mas riguroso.

No hay ninguna materia por complicada que parezca que no admita unidad, y en encontrarla y hacerla servir á nuestro objeto está toda la dificultad de la disposicion. Para ello debe cuidarse mucho de no separar las ideas que deben estar unidas ni unir las que deben estar separadas, pues el faltar á esta regla produce siempre confusion.

Pero hay otra dificultad que vencer mayor todavia en la disposicion oratoria. Esta dificultad está en las transiciones las cuales piden mucha destreza para hacerlas de una manera natural y que no enfrien la atencion y el interés del auditorio, lo que ciertamente sucederia si se conociera su artificio.

Cuando se entra en la disposicion, el modo mas sencillo es ir numerando los pensamientos sobre el papel en que están apuntados, y significando por medio de estos números el órden gradual y sucesivo en que aquellos se deben esponer.

Tenemos ya concluidos dos procedimientos: hemos encontrado y hemos dispuesto: tenemos materia y colocacion; fuerza para combatir, y ordenada ésta del modo que sea mas poderosa su accion. Esto es el plan, y el plan es casi todo en las arengas. Un célebre orador de la antigüedad se divertia con sus amigos pocas horas antes de haber de pronunciar un discurso de grande empeño. Sus amigos se inquietaban por él, y le manifestaron su recelo de que pudiera verse comprometido por falta de preparacion. "Nada temais, les dijo para tranquilizarlos. Tengo arreglado el plan y esto es todo en el hombre que tiene algun dominio sobre la palabra."



Hasta aquí hemos tratado de los trabajos preparatorios que se contraen á las ideas ó pensamientos en sí mismos: ahora vamos á entrar en lo que se refiere á las formas de su espresion. Esto es ya mas vago y mas arbitrario, y en ello tienen menos parte las reglas que el genio que las domina: el genio que crea y produce lo que no pueden crear y producir los preceptos que solo dan direccion á lo que ya existe, pero que no alcanzan á fecundar la nada.

ELOCUCION.

En esta parte, mejor que en ninguna otra, es en la que se conoce el orador que manda á la palabra, y que dispone de ella como de un esclavo. Lo primero que debe pensarse antes de entrar en ensayos de ninguna especie, es que la elocuencia no consiste en la berosidad, y que mucho se equivoca el que espere adquirir la reputacion de orador con soio hacinar frases, con consumir mucho tiempo en los discursos, con dar cien vueltas á cada idea, y con ostentar los tesoros de una locuacidad tan inagotable como insustancial. Por el contrario: téngase bien presente que toda superfluidad daña y constituye un defecto; porque un discurso no debe ser un juego de conceptos alambicados y sutiles, no debe ser una obra de entretenimiento, no debe ser un alarde de inoportuna erudicion, y sí un espectáculo de fuerza que á todos admire y á todos subyugue.

Partiendo de esta observacion que debe servir para no divagar ni sobrecargar los discursos con ideas ó palabras inútiles, el orador al empezar su arenga debe hacerlo de una manera sencilla y templada para irse elevando despues poco á poco, á fin de que la atencion, el interés, el convencimiento y el entusiasmo aparezcan y

vayan creciendo en la misma progresion. No hay nada que perjudique tanto como desplegar desde el principio todas las fuerzas; porque entonces ya no puede llegarse á mas, ni llevar en aumento el calor, ni ofrecer el claro oscuro que tan indispensable es si se ha de manejar bien el ánimo y el corazon de los que nos escuchan, ni avanzar y retirarse como la destreza oratoria hace continuamente, ni dar novedad, ni variedad, ni alternativas, ni contrastes á una produccion, que solo puede brillar y mover cuando reúne todas estas ventajosas circunstancias. Desdichado el orador que se ha revelado por entero á los cinco minutos de su arenga, aunque en ellos se haya colocado á una grande altura. De allí no podrá subir; allí le será muy difícil sostenerse; y engañando á la general ansiedad y expectativa que á cada instante desean mejores y mas grandes cosas, pronto se le escuchará con indiferencia ó con disgusto, y se le volverá la espalda para sustraerse á un espectáculo tan amanerado y monótono.

La variedad en el discurso es lo que mas gusta y atrae. El orador diestro en la elocucion presentará unas veces reunidos los argumentos para dar á sus demostraciones mas fuerza y energía; otras los separará ingeniosamente para multiplicar los golpes y la impresion; ya usará de la forma espositiva como señal de su conviccion íntima y arraigada; ya preferirá la interrogacion como mas apremiante; ya interpelará directamente á su adversario con rudos y sostenidos apóstrofes; ya esclamará; ya hará gradaciones magníficas; ya descripciones felices; y por tantos y tan diversos medios dará á su palabra una amenidad, una fuerza y un encanto que la hagan recoger con placer y con anhelacion en medio de los mas espontáneos y vivos aplausos.



Una advertencia debe tenerse muy presente en la elocucion de los discursos parlamentarios, y es evitar con cuidado toda digresion. Las digresiones que tanto gustan en la poesía porque el ánimo solo quiere descansar y recrearse, producen muy mal efecto en la elocuencia, porque en ella el ánimo ansía llegar al término, y para ello marchar siempre adelante.

Basta tener á la vista estas observaciones ligeras en la elocucion conocidas que sean las formas y figuras que deben emplearse, porque hemos dicho que en ella el genio se mueve sin trabas ni estorbos, y en el genio hay algo mas fecundo y mas poderoso que todas las reglas, medida y compás formado para los hombres comunes. El genio habia pasmado al mundo con sus magníficas producciones antes de que existieran los preceptos que han servido con frecuencia solo para esterilizarlo. El genio se forma á sí mismo las reglas, no de convencion sino de espontaneidad; marcha por los caminos que le señala la naturaleza y que solo él comprende, y siempre es aplaudido, porque sus giros y su lenguaje se fundan en una base comun é imperecedera, en tanto que las combinaciones humanas son tan encontradas é impotentes como variables. Preguntad al genio dónde ha aprendido lo que hace, qué maestro se lo ha enseñado, qué modelos ó consejos ha seguido; y os dirá que sus obras son el fruto de una planta cerebral cuya semilla derramó la naturaleza cuidando tambien de su desarrollo, y que toda su superioridad se debe á sus privilegiados instintos que le hacen caminar en línea recta, elevarse á una altura inaccesible á los demas hombres, y ver las cosas por el lado que mas sorprenden y mas embriagan. ¡Enseña por ventura el águila á sus polluelos á levantarse sobre el manto de las nubes, á mirar desde allí al

sol con osadía, y á cernerse seguros en aquellas diáfanas regiones? No: porque la naturaleza les dió las alas y los instintos que los hacen remontar hasta perderse á nuestra vista. Lo mismo es el orador de genio: las reglas solo le dicen lo que debe evitar, pueden á lo mas darle la direccion, y despues lo dejan abandonado á sí mismo, como el buque velero se entrega sin miedo al impulso de los vientos, despues que la ciencia le ha sacado de la orilla, donde abundaban los escollos y los peligros. En la invencion y disposicion oratoria hay preceptos á que es indispensable ajustarse; pero una vez formulado con su auxilio en la cabeza el conjunto y las partes del discurso que se va á pronunciar, llega la elocucion que no tiene otra regla que la de seguir los giros y movimientos que la inspiracion envia. Mandad entonces al genio que se sujete escrupulosamente á todas las reglas que han establecido los retóricos en sus helados insomnios, y es como si quisiérais que un caballo se lance en una veloz carrera fuertemente trabado y oprimido por el duro freno.

Solo nos resta ya examinar el último procedimiento que tiene lugar en los discursos parlamentarios.

#### PRONUNCIACION.

A la pronunciacion corresponden el modo de emitir la palabra, y la accion en todo su conjunto. La voz une á su sonoridad la flexibilidad que le hace seguir todas las modificaciones que el orador quiere imprimirle, y representar al lado de la idea los afectos todos de que el que la anuncia se encuentra poseido.

Al empezar un discurso no debe levantarse mucho la



voz, porque esto equivaldria á hacer imposible para despues las inflexiones y las alternativas, y mas imposible todavia la mayor viveza y timbre que debe tener cuando el calor de la arenga va aumentando con su interés.

Las palabras que espresan ideas graves y de cierta solemnidad, se deben pronunciar con voz reposada y sostenida, y velozmente las que indican afectos vivos ó encontrados. Siempre debe sostenerse la voz á los finales, porque una sola palabra que en ellos se pierda, hace ininteligible todo lo demas, y perdidos los rasgos y las bellezas que suele contener la terminacion de los períodos.

La palabra debe seguir en su entonacion y en sus cambios las mismas alternativas que siguen las ideas que representa; y asi será lenta ó viva, animada ó tranquila, fuerte ó dulce, segun sea el pensamiento de que es en aquel instante la inmediata y genuina espresion. Debe haber en todo ello suma naturalidad, como la hay en las conversaciones familiares, aunque con otra elevacion y con cierto énfasis que es lo que se llama acento oratorio.

A las veces hay contrastes en las ideas y en los afectos, y entonces es necesario que la palabra los espresese súbita y felizmente, pues nada gusta tanto como estos repentinos cambios cuando se desempeñan con viveza y propiedad.

A las modulaciones de la voz ayuda en gran manera la accion. Si mientras se pronuncia el discurso mas vehementemente se viese al orador en una completa inmovilidad, sin que un ademan, ni un gesto, ni la espresion instantánea de los ojos y del semblante viniesen á decirnos que sentia aquello mismo que sus labios espresaban, sus palabras harian poco ó casi ningun efecto, porque les faltaria la accion que es su mejor auxiliar. Pero no solo

auxiliar: la accion es á las veces mas poderosa que la palabra. Ella tiene por sí sola una fuerza que es independiente de la espresion oral de la idea, y esta fuerza se apoya en un principio comun é indestructible, cual es el comercio que existe entre los corazones en los misterios de la sensibilidad y de las simpatías. De este lenguaje que todos hablamos y todos entendemos, no se desconfia nunca; porque no va á la conviccion pasando por los oidos, sino que se dirige al corazon por el camino de los ojos, y el corazon no piensa, ni raciocina, ni calcula, ni entiende de sutilezas, ni de artificios. Solo sabe sentir. La accion por lo tanto revela lo que no puede espresar la palabra, llega á donde ésta no alcanza, y hiere con un golpe rudo y permanente, cuando la voz solo pinta una imágen fugaz y transitoria.

La fisonomía refleja todas las emociones del alma; y es como un espejo que hace ver todo lo que ésta siente. A proporcion que el orador sea mas impresionable, tendrá mas movilidad en sus órganos, y mas ventaja en la línea de esta espresion contagiosa; en tanto que ninguna poseerán los hombres cuyos rostros de hierro mudos y obstinadamente reposados, no admiten la menor alteracion ni enuncian señal alguna de las emociones interiores. La emocion es como el fluido eléctrico que se comunica sucesivamente, pero en que es necesario para que circule que antes lo tenga aquel que nos le envia. Si en el orador no se ve retratada la pasion no solo en sus palabras, sino en sus movimientos, en sus ademanes, en sus ojos, en la espresion toda de su fisonomía, la llama no aparece ni se trasmite á los que solo ven un objeto frio é insensible.

Pero esta animacion del orador debe ser el inmediato producto de su pasion y no el resultado de combina-



ciones anteriores, ni de ensayos en que se haya preparado. Si la accion se estudia y calcula antes de presentarse en la tribuna, el orador se confunde con el actor, la accion se prodiga cuando en ella debe haber una prudente sobriedad, y por las maneras exageradas se degenera en el ridículo.

La elocucion comprende al exordio, parte de prueba, parte de afectos, y al conjunto todo del discurso parlamentario, y por lo tanto entran en ella cuantos principios hemos establecido hasta aquí. Es la fórmula práctica y ostensible de todas aquellas reglas, y deben tenerse muy á la vista los tropos, figuras, giros, movimientos y modos de enunciacion que hemos antes recorrido, como elementos de fuerza, de agrado y de belleza en las producciones oratorias.

Queda, pues, delineado cuanto entra en la estructura de las arengas que se pronuncian en las asambleas políticas. La teoría se funda en un método sumamente sencillo, reducido á pocos y fáciles preceptos. La análisis para descomponer un modelo ó formar una obra propia, y la observacion para notar y comprender todas sus partes y bellezas, son los únicos medios de adquirir prontamente esa ventaja en la palabra que tanto nos admira, y que nos parece un privilegio concedido por el cielo, cuando principalmente es la conquista del trabajo y el producto de los afanes de la inteligencia. Que el que se proponga ser orador procure en sus ensayos hacerlo primero bien, despues mas bien y luego siempre mejor. Que principie por dejar todos los vicios y resabios que haya adquirido, por desterrar la diction redundante, enfática y ampollosa, que es el defecto comun en los que creen que la elocuencia es la palabrería y la altisonancia, y que sigan el método que hemos indica-

do, que es mas natural y por lo mismo mas sencillo, mas practicable y mas fecundo. A estos debe decirse ante todo con S. Agustin: “Quema lo que has adorado, y adora lo que has quemado.” Que se tenga gran cautela cuando se elige y estudia un modelo, para no incurrir en sus defectos, porque esto seria hacer lo que los discípulos de Platon que querian imitar á su maestro hasta en la joroba, ó los de Aristóteles, que procuraban tomar su pronunciacion tartamuda.

Pasaremos ahora á aplicar, para hacerlo mas familiar y sencillo, todo lo que anteriormente hemos establecido.

